

CAPITULO XIII

Bordighera, Montpellier, Sevilla



CAPÍTULO XIII

BORDIGHERA, MONTPELLIER, SEVILLA

HE de referirme ahora, aunque sea brevemente, a los encuentros con Mussolini, Petain y Salazar en Bordighera, Montpellier y Sevilla. El día 11 de febrero de 1941 cruzamos por El Perthus la frontera francesa el Generalísimo Franco y yo. Con las autoridades del vecino país nos esperaba Lequerica, nuestro Embajador en Vichy. Los franceses cuidaron de un modo perfecto todos los detalles de la organización de nuestro viaje; grupos de motoristas nos escoltaron por todo el territorio. El vecindario de las ciudades que atravesamos llenaba las calles para presenciar el paso de la caravana automovilística y saludaba en actitud respetuosa. Sólo un grupo de rojos españoles vociferó levantando puños. En Arles hicimos un alto para almorzar y a última hora de la tarde ganábamos la frontera italiana. Había anochecido cuando llegamos a Bordighera. En la villa Regina Margherita, dispuesta para nuestro alojamiento, nos recibió Mussolini y con el revistamos una compañía del segundo regimiento de granaderos de Cerdeña y una sección del 89 regimiento de Artillería. A la mañana siguiente, cerca de Ventimiglia, en una villa sobre el mar de Liguria, celebramos la primera conferencia. Esta entrevista, sobre la que el Vizconde Templewood posee tan escasa información -yo alimentare ahora su curiosidad-, se produjo a instancia de Mussolini -discreta e indirectamente formulada- para quien era una cuestión de prestigio o, si se quiere, de legitima vanidad. Después de la que tuvo lugar entre Hitler y Franco en Hendaya, Mussolini, el primero y más decidido amigo de la España nacional, quedaba postergado por aquel. Ante su propio pueblo resultaba también en este aspecto disminuido por su poderoso amigo y rival. El Embajador Lequio, hablándome como siempre con gran consideración y hasta con timidez -yo era ya ministro antiguo y el embajador novel-, me dijo un día, sin apenas atreverse a decírmelo, que después del encuentro del Fuhrer con el Caudillo en la frontera franco-española el desaire del Duce ante los suyos era notorio. Sufría entonces Italia continuos reveses militares que contrastaban con las grandes victorias alemanas, esto se justificaba por la aplastante superioridad de la Wehrmacht y del genio militar germano; lo que ya no se justificaba tan claramente era que el Duce, con su genio y su agudeza, perdiese también terreno en la dirección política de la guerra. Quien tantas pruebas de amistad diera a España durante la guerra civil bien merecía ahora que Franco le hiciera este pequeño favor, esta pequeña ayuda. Nada más nos iba a pedir. Excepcionalmente en aquella ocasión, tome la responsabilidad de anticipar una contestación favorable asegurando que Franco aceptaría a su vez, pues tenía yo por evidente que una negativa por nuestra parte hubiera constituido un acto de monstruosa ingratitud. Así lo considere en mi conversación con Franco que acepto de buen grado. Por mi parte, para salir al paso de los futuros peligros del celo cortesano, me limite a advertir a nuestra gente que quien iba a Italia no era el jefe del Estado sino el del Gobierno, o más precisamente que la entrevista se produciría entre los jefes de las dos revoluciones italiana y española.

En aquellas conversaciones de Bordighera -fueron dos- no sucedió ni podía suceder nada importante. Se habló de generalidades, de la marcha de la guerra, de las afinidades de nuestros dos pueblos... Reconoció Mussolini que era un momento poco brillante para los italianos "pero Hitler -añadió- reconoce el servicio que le prestamos distrayendo fuerzas aliadas en nuestros frentes". Habló también de su imposibilidad de socorrer al

ejercito del África oriental que mandaba el Duque de Aosta, soldado de gran espíritu" abandonado a su propio honor". Se rozó otra vez el tema de España en relación con la guerra; Franco repitió el punto de vista ya conocido por Mussolini en sus anteriores conversaciones conmigo. España había luchado ya contra el peligro común y no estaba preparada para otra guerra. Mussolini no insistió; al contrario: "Si -exclamó con tono algo melancólico- yo comprendo que es muy grande la responsabilidad de decidir la entrada de un pueblo entero en la guerra. En todo caso esto habría de ser en el momento menos oneroso para España y mas útil para la causa común." No hubo, pues, petición concreta, mucho menos apremios; sólo reflexiones mantenidas- como siempre hiciera- en tono considerado y comprensivo. Claro esta que yo no puedo asegurar lo que Mussolini pensaría para sus adentros; y lo cierto es que la prensa italiana publicaba dos días mas tarde en grandes recuadros un balance de lo que España debía a Italia. Fuera de la entrevista se produjo lo que me parece más interesante, una anécdota para mi inolvidable y reveladora: Como a nuestra llegada a Bordighera el pueblo se desatase en aclamaciones, quise yo halagar a Mussolini diciéndole: "Estará orgulloso de estas muestras de cariño que le ofrece su pueblo, aun en el tiempo malo." Mussolini no quería dejarse ganar por estas cosas -aunque era notoriamente accesible a los halagos- y siempre prefería quedar -quizá fuera esta una vanidad mayor- como hombre realista que esta enterado de la verdad* y me contestó tajante: "No lo crea, me odia", y luego con un cierto humor campechano me dijo: "Mire, querido Serrano, esto al fin y al cabo no tiene importancia. Son las horas malas. Si mañana las cosas van bien me volverá a querer de nuevo", y con su mas típico desenfado añadió: "Estas cosas no cuentan en política, nosotros somos unos artistas.'

Durante el almuerzo que nos ofreció -yo comía a su lado y el era siempre afectuoso y comunicativo conmigo- me habló mucho de Hitler y, can un tono en el que tanto había de admiración como de reserva, me dijo: "Es un fanática. En el momento de emprender la campaña de Noruega me envió una carta en la que me decía que la suerte estaba echada, que sus soldados iniciaban la ocupación de aquel país contra la opinión de sus técnicos, pero que par encima de las frías razones de estos ponía ella segura razón de su instinto. ¡Es un audaz!", exclamó con su ancha sonrisa. En cambia hablando de Stalin dijo con mucha seguridad: "Este es muy astuto" (*molto furbo*).

Nos despedimos de el muy cordialmente y abandonamos Italia. Esto fue todo.

* * *

Por razones prácticas de comodidad y aun de seguridad hicimos este viaje por tierra de Francia, de la Francia libre. Sólo una razón de cortesía -el Embajador francés lo había insinuado- nos movió a tomar contacto con el pobre Estado de Vichy a cuyo frente se encontraba un hombre cuya personalidad estaba aun aureolada por un autentico prestigio y sobre sus hombros había caído el peso de una carga ingrata cuya aceptación lo hacia si no mas admirable si mas respetable todavía.

Toda aquella atmósfera de una Francia mínima daba la impresión de encogimiento, de pobreza, de incertidumbre; lo que movía -pese a todo prejuicio- a una compasión que en

* *Esto es achaque común a todos los dictadores*

mucho se parece a la simpatía. Aunque hubiéramos debido considerar a Francia como un enemigo histórico y reciente -lo fue en nuestra guerra civil-, su derrota, su sometimiento, su inseguridad, no eran cosas que pudieran dejar de impresionar, de conmover humanamente, a cualquier espíritu normalmente sensible. Nunca produce verdadera alegría el espectáculo de la derrota de un pueblo que ha sido grande, como no se tenga un alma vil y muy sañuda.

El Mariscal jefe de aquella Francia había dispuesto en Montpellier un almuerzo en nuestro honor. Cuidado con refinamiento -especialmente la selección de los vinos- transcurrió en medio de una cordialidad delicadamente medida, acaso levemente embarazosa. Allí conocí al Almirante Darlan vicepresidente del gobierno y nombrado "Delfín", hombre poco fino, receloso, y con un visible complejo de inferioridad. Empezaba entonces a ser una figura, un personaje. Allí estuvo también Peyrouton, Ministro del Interior que con motivo de nuestros viajes de ida y vuelta acredito su capacidad de organizador. Allí también Du Moulin de Labarthe jefe del gabinete civil del Mariscal; y *muy a las órdenes de este* el general De Lattre de Tassigny, comandante militar de la Región que luego... ¡! Muy en la intimidad de todos ellos nuestro Embajador Lequerica.

Las conversaciones carecieron de interés: Hablamos principalmente de la conveniencia de no irritar a los alemanes y de evitar un nuevo desplazamiento hacia Occidente del centro de gravedad de la guerra. A mi me correspondió estar durante el almuerzo a la derecha del Jefe del Estado francés que, como todos los suyos, estuvo muy afectuoso y, digan ahora lo que quieran historiadores en incómoda postura, al Mariscal le había halagado nuestra visita. Lo que en situación tan difícil como la suya -jefe de un país ocupado, prácticamente carente de relaciones exteriores-, era bien explicable. Conmigo desplegó una gran simpatía, aunque tengo, sin embargo, por ciertas otras reservas suyas a las que también se refieren los historiadores. Después del almuerzo presenciábamos desde la escalinata de la Prefectura un desfile de las juventudes de Petain que resultó brillante y en un ambiente de cierto entusiasmo. Ante aquella gran plaza francesa donde nos encontrábamos, yo no pude menos de evocar glorias españolas: la figura de Pedro II de Aragón que reinó allí por razón de su matrimonio con la heredera del Conde de Montpellier, y la de nuestro gran rey Don Jaime I el Conquistador nacido allí; la vieja universidad de Montpellier creada por nuestros reyes en el siglo XIII; las glorias del arte español que guarda su museo, lienzos del "Españoleto" y de Zurbarán: el "Angel Gabriel" y "Santa Agata" patrona de la isla de Malta, posición clave en el Mediterráneo, perla en nuestro Imperio de Carlos V ocupada por los ingleses en 1800...

Aquello y esto otro: la plaza totalmente ocupada de gente que aclamaba con aparente fervor; la venerable figura del gran soldado francés; una impresión fugaz de que hubiera algo vivo y verdadero en torno suyo; todo aquello junto determinó que la emoción me ganara por un momento y al subir al coche para continuar el viaje, mientras estrechaba la mano de aquel que encarnaba la jefatura de tan exiguo Estado en tan gran país, gritara fuerte: "¡Viva Francia!" Por cierto que ahora en un buen libro que sobre aquel tiempo ha publicado Du Moulin de Labarthe* -jefe del gabinete civil del Mariscal según he recordado- al referir este episodio no se le ocurre mas agudo comentario que decir que ese grito debió detenerse muy pronto en mi garganta. Al leer esas líneas yo me he encogido de hombros y he pensado: "Es un tributo que el autor ha querido rendir a la

* "*Le temps des illusions*", Constant Bourquin, éditeur, Genève (*Al'enseigne du cheval ailé*), pág. 238.

vulgaridad. Sinceramente le deseo que los *resistentes* se lo tengan en cuenta como merito." ¡Realmente no sabe uno cómo acertar!

Sin más penas ni glorias regresamos a España.

Un año más tarde -12 de febrero de 1942- me sería dado establecer relación personal con otro jefe de gobierno: el Doctor Oliveira Salazar. Pese a la notoria importancia de su obra sobre un pueblo de recursos limitados aunque de grandísima historia, sobre la personalidad de Salazar gravitaba -al menos ante mí- la leyenda de su propia discreción. Muchas veces mis jóvenes colaboradores, y otros, quienes no eran tan jóvenes y se las daban de conocedores de la realidad política portuguesa, habían insistido en ofrecerme una imagen disminuida de este hombre como jefe de un fascismo desvaído, frío, cauteloso y modesto. No había tal. El trato directo con él lo revelaba -sin que ello fuera ciertamente una sorpresa- como un nombre de primer orden. En esto coincido enteramente con el juicio que Hoare ha emitido de él. Su obra es independiente, ajustada, inteligente y hábil. Ahí, en ese confín de Europa, reside en verdad y desarrolla silenciosamente sus energías y su talento uno de los políticos mas depurados de nuestro tiempo. Un hombre notable que tiene todo el rigor de un auténtico catedrático y toda la pasión de un místico. Y pronto -más en lo íntimo- se siente la simpatía de su humanidad matizada con las calidades de la ironía muy propias de un hombre de maneras tímidas pero con un inmenso valor moral.

A primera hora de la tarde entró en España por la frontera de Badajoz. En la carretera le esperábamos el Embajador de Portugal y yo. Venía él con un mínimo aparato: sólo un coche le acompañaba ocupado por el Capitán Lourenço -su fielísimo jefe de policía- y dos funcionarios más. Juntos, Salazar, Pereira y yo, continuamos el viaje hasta Sevilla que era, si se recuerda el verso de Camoens, ciudad especialmente indicada para sede de un acto de política hispanolusa. Despojada aquel día de su típica y fascinante luminosidad se mostraba Sevilla húmeda y fría, como si quisiera vestir hospitalariamente el clima de la vieja ciudad portuguesa donde Salazar desarrollara en otro tiempo su actividad universitaria.

Las conversaciones tuvieron lugar dentro de nuestro Alcázar mora, en la "Sala de Audiencias" del palacio del Rey D. Pedro I; y más informalmente se prolongaron paseando entre bojales, arrayanes y palmeras, magnolias, limoneros y naranjos del oloroso jardín incomparable. Consistieron esencialmente en un cambio general de impresiones. Salazar habló siempre con un gran sentido de la responsabilidad. Nos hizo muchas preguntas en relación con nuestra actividad diplomática. Gustoso yo le conté con detalle nuestras últimas conferencias con los jefes del Eje. Franco le expuso sus opiniones sobre la economía y la guerra y reiteró ante él nuestro propósito decidido de defender a Portugal si fuera objeto de cualquier agresión. Después, más confiadamente, cambiamos muchas pequeñas confidencias de nuestra respectiva experiencia política, especialmente en orden a los acontecimientos en curso. Hablamos ampliamente de nuestros apuros y dificultades. Al explicarle yo mis forcejeos, mi lucha constante, para la obtención de los famosos "navicerts", él me dijo muy graciosamente que ni la Jefatura del Gobierno, ni el Ministerio del Ejército, ni los demás asuntos del Ministerio de Asuntos Exteriores le ocupaban tanto tiempo como este problema a que yo me refería; y como cansado exclamó: "¡es una tarea *ingloria!*" Asimismo nos contamos algunas pequeñas anécdotas y acreditó un fino sentido del humor; por ejemplo, supe que a un Embajador americano demasiado coactivo en sus maneras él le replicaba con esta suave

energía: "Não esqueça (no olvide) O Sr. Embaixador que Portugal é un país muito antigo."

No tuve más tarde ocasión de nuevas relaciones personales con este hombre, pero aquellas fueron bastante para fundamentar una de mis estimaciones humanas y políticas. La habilidad, la medida, el buen pulso con que este hombre ha llevado después a Portugal a buen puerto, a través de las mudanzas de la guerra, lo han elevado todavía más. Es el suyo realmente un buen ejemplo. Es la suya una buena escuela de gobernante no en la dimensión del poder espectacular sino en la de una obra realista, coherentemente dirigida con la claridad de una: mente ilustrada y con el mejor magisterio: una autentica austeridad en la conducta.

Aquí podía terminar este libro puesto que ya he contado al lector lo que ahora me es permitido decir. Mas como los mismos hechos a que me he referido han sido analizados y comentados por plumas extranjeras –dejemos ahora las nacionales- con tanta ligereza como injusticia y mala fe, creo obligado replicar adecuadamente, en el capítulo que sigue, a dos comentaristas tan notorios como poco escrupulosos. Asimismo habré de examinar en otro capítulo la información y juicios del *Diario* de Galeazzo Ciano en relación con nuestra política exterior.

